tatum et celebritatum celebritas; un día «tan elevado sobre todos los demás, aun aquellos que pertenecen á Jesucristo, que el sol está por encima de las estrellas», cæteris omnibus iis etiam qui ipsius Christi sunt, tanto superior, quanto sol stellas antecellit (Greg. Nazianz. Orat. xix). Algunas veces era también llamado el «domingo de la alegría», Dominica gaudii (Pagi. In Baron., an. 370, n. iv).

La alegría pública se expresaba por toda clase de manifestaciones y, sobre todo, por iluminaciones espléndidas durante la noche de Pascuas (véanse detalles sobre estas iluminaciones en el artículo Lámparas, I).

Al amanecer, matutina luce rumpente, los fieles acudían á la iglesia y se abrazaban fraternalmente, diciendo: « El Señor ha salido del sepulcro,» surrexit Dominus de sepulcro (véanse los órdenes antiguos en Martène), práctica que los Griegos han conservado, como puede verse en el tratado de Alacio (De consens. utriusq. Eccl., III, 18). Entonces el obispo empezaba la misa en el rito solemne, y todos los concurrentes, al llamamiento del diácono: Venite populi, acudían á recibir la comunión. Desde los primeros siglos, los obispos tenían costumbre de enviarse mutuamente la Santa Eucaristía á guisa de eulogio (véase Valois en sus notas á Eusebio. Hist. eccl., 1, 2); y se escribían con este motivo una carta cuya fórmula nos ha conservado Marculfo (l. 11). Pero esta práctica había sido ya prohibida por el Concilio de

Laodicea (can. IV), celebrado algo después de la mitad del siglo IV.

Los emperadores, con motivo de la solemnidad de Pascuas, abrían las prisiones y daban libertad á los condenados, salvo algunos que eran culpables de crímenes

más graves. Esto nos ha sido revelado, no sólo por las leyes imperiales, sino también por los textos de los Padres, de San Ambrosio, por ejemplo (*Epist.* XXXIII), de San Gregorio de Nissa (Homil. III. *De resurr. Christ.*), y de San Crisóstomo (Homil. XXX. *In Genes.*). Los crímenes exceptuados de esta indulgencia eran el parricidio, el incesto, el falso testimonio, el homicidio, el robo, etc.

Los particulares imitaban la liberalidad de los soberanos dando libertad á sus esclavos; y aunque la jurisdicción de los tribunales estuviese suspendida durante las solemnidades pascuales, estaba, no obstante, abierta para todo lo concerniente á la manumisión de los esclavos (Cod. Justin., l. 111, tit. 12. De feriis., l. 8). Los pobres recibían en este día socorros más abundantes; y Eusebio nos dice que Constan-

tino (Vit. ejus., IV, 22), «cuando brillaba la Pascua del Señor, hacía distribuir en todas las provincias sometidas al imperio romano los más opulentos donativos».

PASIÓN (Reliquias de la).—I. El santo sepulcro, según la reconstitución que hicieron los benedictinos, por la descripción que de él ha dejado San Cirilo de Jerusalén, se componía de dos cámaras, cavadas en la roca, y de las cuales, una servía de vestibulo á la otra, según la antigua costumbre de los Judíos (Genes., XXIII, 19; XXV, 9). La primera pieza estaba cerrada, según el testimonio del sacerdote Juvencio (Hist. evang., ap. Galland., IV, 628), que escribía hacia el año 328:

Limen concludunt inmensa volumina petræ.
«La puerta está cerrada por enormes piedras.»

La otra, abierta completamente en el macizo de una roca profunda, era bastante elevada para que un hombre de pie pudiese apenas tocar la bóveda con la mano. Tenía su entrada al Oriente, la cual fué cerrada con una piedra grande, y sellada con el sello oficial. El cuerpo de Nuestro Señor fué colocado en la parte septentrional, en un loculus profundo, de siete pies, y una altura de tres palmos sobre el nivel del suelo. Dom Calmet agrega (In Matth., XXVIII) que la cabeza estaba vuelta hacia el Oriente. He aquí, según M. el Conde de Vogué

(Eglises de la terre sainte, pág. 125), la cúpula del monumento en su estado primitivo. La abertura mayor, ligeramente cimbrada, á la derecha, representa el vestíbulo; la de la izquierda, la cámara sepulcral. En el fondo, en la pared

norte de la roca, se ve la banqueta sobre la cual fué puesto el cuerpo del Salvador: una pequeña puerta establecia la comunicación entre las dos salas.

II. Las reliquias propiamente dichas de la Pasión, son:

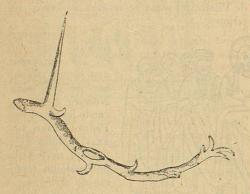
1.º El título de la cruz. Se conserva en Roma en la basílica de Santa Cruz en Jerusalén. Recomendamos para detalles la sabia obra de De Corrieris, De Sessorianis præcipuis passionis D. N. J. C. reliquiis. Cuando el título fué encontrado por Santa Elena, estaba completamente íntegro; no queda ya más que un fragmento, que se descubrió en 1492 en la bóveda de la basílica sesoriana, y tiene, según la medida romana, 7 pulgadas de altura y 13 de ancho. La materia sobre la que se ha escrito, parece ser de madera ó de la corteza de

la madera; las letras son encarnadas sobre fondo blanco. Se sabe que la inscripción entera decía: IESVS NAZARENVS REX IVDÆORVM (Sozom., 11, 1). El nombre de IESVS estaba representado en el texto latino, como en el griego, por las iniciales IS, y cuando fué encontrado en 1492, se leían en uno y otro idioma estas solas palabras: IS NAZARENVS RE. Respecto á la inscripción hebrea, todavía era distinguible en el siglo xvi; pero en el xvii desapareció totalmente, salvo algunos insignificantes vestigios que se conservan

todavía hoy, como se borraron también las letras IS en los textos griego y latino. También puede consultarse la obra de Nicquet, *Titulus sanctæ crucis* (Antverpiæ. 1678).

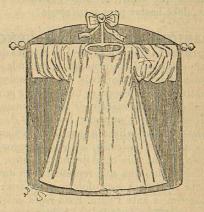
2.º El clavo y la espina que se veneran en la iglesia de Tréveris. Además de Rufino, Teodoreto y otros escritores, habla también San Ambrosio del descubrimiento, hecho por Santa Elena, de los clavos con la cruz (De obit. Theod., 47). Pero bajo el punto de vista de la autenticidad, se da la preferencia á éste sobre los que se conservan en otros puntos, porque fué regalado á dicha ciudad por la misma Emperatriz, don reconocido por un solemne decreto del Papa León X. De la punta de este clavo se rompió un fragmento que posee la iglesia de Toul. La ciudad de

Tréveris guarda un pequeño trozo separado de la cabeza; en cuanto á la corona, nadie ignora que se encuentra en París, á donde la trajo el santo rey Luis IX; está despojada, sin embargo, de la mayor parte de sus espinas, que son muy veneradas en diferentes lugares.



3.º La santa túnica pertenece también á la feliz ciudad de Tréveris. Tiene casi cinco pies de largo, y un poco más desde la extremidad de una de las mangas á la otra, hallándose extendidas. Cada manga tiene pie y medio de

longitud y un pie de ancho. Debajo de las mangas tiene un pie y dos dedos de ancho, y en la parte inferior cinco pies y seis dedos. La materia deltejido no puede reconocerse ya. Algunos creen que es una mezcla de lino y de lana; pero esto es poco probable, porque la ley mosaica prohibía estas mezclas (Deuteron. xxII, 11), y Josefo asegura que dicha ley estaba todavía en vigor en tiempo de Jesucristo (Antiq. Jud., l. IV, c. 8, § 11). La opinión más común es que la santa túnica es de lana. El color es difícil determinarlo de una manera precisa: todo lo que puede asegurarse es que es de un matiz obscuro. En un lado se notan señales de deterioro, lo cual se atribuye al rozamiento con la cruz, y se distinguen allí, aunque confusamente, algunas gotas de sangre.



4.º El santo sudario se conserva en la catedral de Turín. Es una ancha mortaja de lino, según el texto del Evangelio (Joan., XIX, 40), de donde procede, dice el venerable Beda (In Marc., IV, 15), la costumbre de celebrar el santo sacrificio del altar, no sobre la seda ó sobre cualquiera otra tela preciosa, sino sobre lino, producto de la tierra. Y esta costumbre fué elevada á ley por San Silvestre (Anastas. In Sylv., 1, 29). Habiendo sido el cuerpo del Salvador, según la costumbre de los Judíos, envuelto en varios sudarios, también otras iglesias poseen reliquias de esta naturaleza. Estas son las iglesias de Besançon y de Cadouin, en la parte de la diócesis de Perigueux que pertenecía en otro tiempo á la de Sarlat. Este último sudario presenta, según se nos asegura, todas las pruebas de una autenticidad incontestable.

5.º La esponja que sirvió para dar de beber al Redentor hiel y vinagre, está en San Juan de Letrán, y Baronio afirma que todavía conserva un color sanguíneo (Ann. 34, 122).

6.º La lanza, por último, encontrada en 1098 por los cruzados en Antioquía (Pagi. In Baron. ann. 1098, n. 7), caída después en manos de Bayaceto, fué cedida por éste en 1492 á Inocencio VIII, quien la depositó en la basílica del Vaticano (Rainard. Contin. Baron. ann. 1492, n. 16).

No hemos mencionado aquí más que las reliquias de la Pasión cuya autenticidad es segura. Es superfluo hablar de los objetos de este género que una piedad poco ilustrada ha extendido por el mundo. Se abusaría, no obstante, si se viese una cuestión de superchería, por ejemplo, en los clavos, que en número de 24 se veneran en distintos puntos. Algunos no son más que facsímiles, consagrados con frecuencia por la semejanza de sus partes, ó la introducción de algunas limaduras de los verdaderos clavos de la pasión en pequeñas cavidades practicadas al efecto. ¿ Quién no sabe que la piedad de los pueblos puede encontrar también, en simples imitaciones de estos objetos sagrados, un alimento legítimo, y que, por otra parte, la posesión de fragmentos, por pequeños que sean, de estas venerables reliquias, debe bastar para satisfacerla?

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR (Representación de la).—Las escenas de la Pasión están casi completamente excluídas de los monumentos primitivos del cristianismo. El motivo de esta reserva es que se temía igualmente, con el espectáculo de los sufrimientos del Hombre-Dios, provocar las burlas de los idólatras, y escandalizar la fe, todavía vacilante, de los neófitos. Además, no encontramos, y también en una sola clase de monumentos, los sarcófagos, sino una sola representación directamente relativa á esta dolorosa historia: la comparecencia ante Pilato. Esta regla general que los pontífices de la Iglesia habían prescrito á los artistas cristianos, no sufre sino muy raras excepciones, que haremos conocer muy pronto.

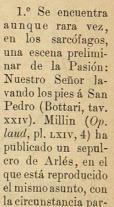
I. La comparecencia pura y sencilla está esculpida en un bello sarcófago del Vaticano (Bottari, tav. xxiv). Nuestro Señor está de pie delante de Pilato, que lo interroga, levanta el índice de su mano derecha y parece hablar. El presidente, en traje militar, está sentado en una silla curul colocada en un estrado elevado, y á sus pies se ve un vaso que descansa en un tripode: este es el tribunal de que habla el

texto sagrado, sedit pro tribunali (Joan., xix, 13), y tal como figura en el reverso de algunas medallas de Augusto y de Vitelio. Esta escena está mejor caracterizada en otros sepulcros (Bottari, tav. xv, xx11, xxx111, xxxv). Nuestro Señor, en una actitud que respira humildad y dulzura, está repre-

sentado entre dos soldados, heva en la mano | ticular de que se distingue sobre el estrado un volumen arrollado que indica su doctrina,

por la que es llevado ante este inicuo tribunal. En seguida se ve á Pilato, meditabundo, demostrando con su oblicua mirada v su mano en la mejilla, la duda de su alma en condenar al inocente (véase el grabado del artículo Manos). Un criado, de pie delante de él, lo invita á lavarse, según la costumbre de los Judíos, se cree, entre los cuales, lavarse las manos equivalia á una protesta de inocencia (Deuter., XXI, 6). Detrás de Pilato hay una torre que figura el pretorio. Debe notarse que el criado lleva una patena en la mano izquierda, y que está coronado, lo cual le da una perfecta semejanza con los victimarios que se ven en los bajos relieves antiguos y en las medallas. El presidente tiene el traje y la corona de los emperadores. Toda esta confusión acusa evidentemente la inexperiencia y el embarazo en que estaba el artista teniendo que tratar un asunto por completo nuevo para él. No encontró nada mejor que tomar sus tipos en los monumentos profanos. Es interesante notar que la comparecencia ante Pilato, casi invariablemente, tiene por compañero el sacrificio de Abraham (Bottari, tav. xv), ó también que estas dos escenas se hallan unidas (Millin. Midi de la Fr., pl. LXVII, n. 4): difícil sería desconocer la intención de poner la figura enfrente de la realidad. Un sarcófago de Roma (Bottari, tav. CLXXXIII) y uno de Arlés (Millin. Op. laud., pl. LXVII, 4) parecen tener la comparecencia delante de Anás ó Caifás, porque el juez, sentado en un plianto, no está, como Pilato, vestido á la romana. En el último, es seguramente Caifás; está sentado sobre un montón de piedras y no tiene el suppedaneum; Nuestro Señor se mantiene inclinado delante de él, con las manos atadas por detrás, viéndose un satélite que le golpea por la espalda: Prophetiza nobis, Christe, quis te percussit (Matth., xxvi, 38), «profetízanos, Cristo, quién te ha pegado».

II. Las excepciones que hemos anunciado. son algo numerosas. Unas se refieren á circunstancias anteriores á la comparecencia delante de Pilato, las otras se refieren á escenas pos-



donde descansan los pies de San Pedro, una de

sus sandalias (véase el artículo Abluciones, 3.º podonipsia. - Grabado). En este bajo relieve, como en el precedente, la comparecencia delante de Pilato y el lavatorio de los pies, se armonizan y ocupan los dos extremos.

El segundo rasgo preliminar es también facilitado por un monumento de la Francia (Monum. de Ste. Madeleine, t. 1, pág. 462); es el beso de Judas: el traidor tiene en la mano la bolsa con los treinta dineros, si no se prefiere ver en ella la del colegio apostolico que el Maestro le había confiado (Joan., xIII, 29): Loculos habebat.

No hemos encontrado este asunto en ningún sarcófago de Roma: el único ejemplo que conocemos en Italia, se halla en el de Verona, que está grabado en la obra de Maffei (Verona illustr., part. 111, pág. 54). Judas dando el beso á su Maestro, y seguido de soldados armados, está representado en un diptico que perteneció á los carmelitas de Luca.

El dibujo que damos aqui, está tomado de un mosáico del siglo vI, de San Apolinario de Rávena. Antes de recibir el Salvador el beso del traidor, se ven los satélites armados, de los cuales uno extiende la mano para prenderlo: detrás de él están agrupados los Apóstoles, y en primera línea San Pedro sacando su espada de la vaina para la defensa de su Maestro.

Un sarcófago del Vaticano (Bottari, tav. xxxv) representa claramente la prisión de Nuestro Señor en el jardín de los olivos, por dos soldados armados, uno con una espada, el otro con una lanza: Tanquam ad latronem existis cum gladiis et fustibus comprehendere me (Matth., xxvi, 55). Las urnas fúnebres de la Galia, como se ha observado, siendo generalmente de una época algo moderna, admiten con más frecuencia estas primeras escenas de la Pasión. Así, un sarcófago de Marsella (Millin, pl. LVIII, 5) reune las dos: 1.º Nuestro Señor conducido por hombres armados de bastones; 2.º Nuestro Señor delante de Pilato.

2.º Tenemos ahora que señalar la representación, pero enteramente excepcional, de algunas circunstancias de la Pasión propiamente dicha. Pero en estas mismas excepciones se verá que la necesidad del misterio se hace sentir siempre, y que las formas misticas velan á los ojos de los fieles el terrible espectáculo de los padecimientos de su Salvador. Así, un sarcófago del museo de Letrán reproduce dos escenas insólitas, es verdad, la coronación de espinas, y el acto de llevar la cruz; pero el artista ha elegido el momento en que la cruz es llevada por Simón el Cirineo, y una corona, no de espinas, sino de laurel, es colocada





respetuosamente por un soldado sobre la cabeza de Cristo. Un solo monumento, de los que son conocidos hasta aqui, un fresco del cementerio de Pretextato (véase Perret, I, pl. LXXX), va un poco más lejos y retrata por completo, sin disimulo, la escena dolorosa que sigue inmediatamente á la coronación de espinas. Dos soldados están de pie delante de Nuestro Señor, y uno de los dos, con una ex-

presión de cruel ironia en el rostro, hiere con una caña la cabeza del Redentor, cenida ya con la corona de espinas: es absolutamente la traducción de estas palabras de San Marcos (xv, 19): Percutiebant caput ejus arundine. Esta pintura, que constituye un hecho único en su género, y como excepcional, tiene una grande importancia, porque, según el testimonio de los sabios más autorizados, de

M. De'Rossi especialmente, se remonta al

He aquí el monumento:



PASTOR (El Buen). - En el lenguaje bíblico, la acción de la Providencia sobre los hombres está casi siempre expresada por imágenes y alegorías tomadas de la vida pastoril. Dios es un pastor, el mundo es un inmensorebaño (Ezech., xxxiv. — Psalm. xxii. — Is., XLIV, etc.). Pero al Mesías y á su obra es á quien principalmente se aplican esas imágenes (Ezech., ibid., 23, etc.), que por una transición natural, vienen á referirse de nuevo á los textos del Nuevo Testamento, y especialmente á las parábolas en que Jesucristo se presenta él mismo como el modelo y el tipo del Buen Pastor (Luc., xv.-Joan., x, 14).

Los Padres habían tomado, los primeros, de esta doble fuente, las expresiones piadosas y poéticas bajo las cuales designaban al Salvador: «Pastor de los corderos reales, dice San Clemente de Alejandria (Hymn. Christi Salvatori Padagog., l. 111, edit. Potter., pág. 312), ποιμην άρνιῶν Βασιλικῶν; Pastor de las ovejas razonables, προδατων λογικών ποιμήν.» San Abercio, obispo de Hierápolis en tiempo de Marco Aurelio, dice de sí mismo, en el epitafio que había compuesto para ser grabado en la columna de su sepulcro, que él es el discipulo del Pastor casto y puro:

Λδερχίος είμι μαθητής ποίμενος άγνοῦ

(Mélanges d'épigraphie ancienne, 1. re livraison, página 5 .- Cf. Pitra. Spicileg. Solesm., t. 111, página 332).

Los artistas cristianos, tan hábiles en aprovechar los datos que les facilitaban las santas letras para la decoración de los monumentos de todas clases, debían encontrar, también, elementos más que suficientes para componer, con independencia de todo extraño auxilio, una de sus más bellas y de sus más queridas imágenes. También, así como era la expresión más familiar de la misión del Redentor, la figura del Buen Pastor fué la forma más habitual bajo la que se le representaba, sobre todo en los tiempos malos que obligaban á la Iglesia á una ley imperiosa del In Is., x1), un símbolo de la resurrección

secreto y del misterio. Es uno de los asuntos más antiguos en que se halla ejercitado el arte cristiano. Tertuliano lo indica ya como sirviendo para la decoración de los vasos sagrados ú otros (De pudicit, vii y x), y Bosio había encontrado en las catacumbas una imagen del Buen Pastor que d'Agincourt hace remontar al final del siglo 11 (Bosio, pág. 537.-D'Aginc. Hist. de la peint., t. v, pág. 20). La popularidad de esta imagen llegó á ser bien pronto universal; se la encuentra en las Galias (Millin. Midi de la Fr., pl. LXV) y en Africa (Annal. archéol., vi.º an., pág. 196), y en todas partes así como en Roma misma, y hasta en un hipogeo de Cirene (Pacho. Voy. de la Cyrénaïque, pl. 51, pág. 376).

Aparece en toda clase de monumentos, frescos de los cementerios, lámparas de arcilla, bajos relieves de los sarcófagos, bajos relieves de estuco en las paredes de las catacumbas (véase De'Rossi. Imag. Vir. Deip., tab. 1v), piedras sepulcrales, vasos dorados, anillos, piedras grabadas, etc. Era como una homilia material que, presentándose por todas partes á la vista de los fieles, les recordaba, ya los beneficios de la encarnación por la cual la humanidad descarriada es conducida al redil, ya la misericordia del Salvador, que va á buscar al pecador, y por los cuidados de su gracia, tiende á evitarle hasta la fatiga del regreso. Esto es lo que Sedulio, sacerdote y poeta del siglo v, ha cantado en buenos versos (Paschal, l. 1, In-

Ad caulas me ruris agat, qua servat amænum Pastor *ovile* Bonus, , qua vellere prævius albo Virginis agnus ovis, grexque omnis candidus intrat.

« A fin de que el sendero de la vida me conduzca al recinto del redil donde el Buen Pastor guarda su querido aprisco, en el que, bajo la d rección del cordero de la oveja virgen, del cordero del blanco vellón, entra todo junto el cándido rebaño.»

Era este un símbolo de celo y de misericordia, cuyo memorial es el pallium de los arzobispos, en el cual el Buen Pastor estaba, se dice, trazado primitivamente (Baronio. Ad an. 216), y que hoy día está sembrado de crucecitas. Es también, sin duda, un pensamiento celoso para la salvación de las almas el que inspiró á la Iglesia la idea de hacer leer, al empezar sus concilios, la parábola del Buen Pastor. Encontramos, aunque en una época bastante moderna (el Concilio de Londres de 1237), un testimonio positivo de esta costumbre, que, sin embargo, debe remontarse á la antigüedad propiamente dicha: Lecto igitur solemniter evangelio, scilicet Ego sum Pastor Bonus, sicut moris est, « siendo, pues, la lectura del Evangelio hecha solemnemente, à saber: Yo soy el Buen Pastor, como Es DE COSTUMBRE» (Matth., Paris, pág. 447.— Cf. Bott., 1, 160).

También era, según San Jerónimo (Hieron.

futura y de la ilimitada eficacia de la redención | de Jesucristo (Ad Ocean., ep. LXIX, 1). El pensamiento de la resurrección debía ser naturalmente despertado por esta imagen en el corazón de los fieles, como si ella hubiese dicho: « No temáis nunca sacrificar por Dios el cuerpo mortal, porque un día vendrá El mismo, con toda su majestad divina, á volverle á la vida, y á una vida inmortal, que contempláis aquí bajo la forma de un pastor» (Hieron. In Isai., c. xL. Opp., t. III, col. 303, edit. Maurin.).

Debemos creer que los primeros cristianos, para familiarizarse con este saludable pensamiento, gustaban de llevar sobre sí objetos propios para recordarlo. Así, Paciaudi (De Baln. Frontisp.) publica una hematites en la que el juicio está representado de una manera jeroglifica. El Buen Pastor, en traje antiguo, levanta los brazos, al modo de las orantes, sobre un cordero que está á su derecha, y un macho cabrío á su izquierda, los cuales tienen la cabeza inclinada, como esperando su sentencia. En el reverso de la piedra se leen estas palabras: AΓΑΘΙΙ ΗΝΑΚΟΙΙΘΗ, Agatha exaudita est. Este es el nombre de una mujer cristiana que, según toda apariencia, llevaba esta alhaja suspendida de su cuello á guisa de amuleto ó de exvoto, como lo indica el anillo que lleva en su parte superior.

Las liturgias antiguas estaban llenas de ideas y de sentimientos análogos. Así, se lee en un sacramentario romano anterior al siglo vIII, una oración, post sepulturam, en la que se supone que el justo, después de su resurrección, es llevado en los hombros del Buen Pastor para ser puesto en la mansión de la felicidad eterna: Quemque morte redemptum, debitis solutum, Patri reconciliatum, Boni Pastoris humeris reportatum, in comitatu æterni regis perenni gaudio, et Sanctorum con-

sortio perfrui concedat.

El Buen Pastor de los monumentos cristianos difiere poco del tipo antiguo, establecido, se cree, en la época más notable del arte griego, y por la mano de Calamis (Rochette. Mém. de l'Acad. des inscr., t. XIII, pág. 101). Es un joven bello, imberbe, salvo muy raras excepciones (Perret, 11, pl. L1), porque, al decir de San Agustín (Ap. Bolland., vii mart.), la juventud del Divino Pastor es eterna; tiene los cabellos cortos, la vista llena de ternura. Lleva una túnica corta ceñida alrededor de la cintura, y algunas veces también debajo de los brazos, adornada de bandas de púrpura (Bottari, xciii), ó de calliculæ. Esta túnica está á veces cubierta con un pequeño manto, con una especie de clámide, ó de sagum, ó bien todavía con la pénula de piel, scortea. Su pierna está revestida de una red de cintas, fasciæ crurales, pero su calzado admite numerosas variedades. Tiene casi siempre desnuda la cabeza: por excepción se la encuentra cubierta con una

corona radiada (Allegranz. Opusc., pág. 177). Su cabeza está algunas veces coronada por el monograma (Mamachi. Origin. Christ., 111, 18), ingeniosa manera de expresar su identidad con el Redentor de los hombres, ó rodeada del nimbo (Ciamp., v, n. 1, LXVII), ó por último, de una corona de siete estrellas, como en el disco de una bella lámpara de las catacumbas (Bellori. Le ant. lucern., part. III, 29.—Véase el monumento en el artículo Estrellas). Se le da, casi invariablemente, el bastón pastoril, pedum, el vaso de leche, mulctra, y la flauta de siete tubos, syrinx (véanse los artículos especiales sobre los tres atributos).

Hemos dicho que el Buen Pastor evangélico se diferencia poco del pastor de los monumentos griegos y romanos. Es, sin embargo, imposible confundirlos. Este está casi siempre desnudo y bailando, mientras que, por el contrario, el Pastor cristiano se hace notar por la melancólica gravedad de su actitud.

Al someter las escenas pastoriles, sembradas profusamente en los monumentos cristianos, á cierta clasificación, se podría, sin esfuerzo, seguir paso á paso las diferentes fases de la parábola del Buen Pastor.

1.º Se le vería preparándose á marchar y manifestando su tristeza y su melancolía al llevar su mano á la cabeza, gesto de dolor en las costumbres de los antiguos (véase el artículo Mano (Actitudes de la).

2.º La partida. Un pastor llevando á la fuerza un perro, y en el acto de coger la pera pasteril suspendida de un árbol (Fabretti, 549, xIV).

3.º El descanso en la marcha. Pastor sentado en el suelo, con aire de cansancio, y teniendo delante á su perro, que fija en su amo cariñosa mirada (Perret, vol. v, pl. xxx1).

He aquí un fondo de taza (Garrucci, tav. vi, 3) donde el pastor, sentado en una fresca alameda, extiende la mano en señal de alocución, pareciendo entretenerse con dos ovejas puestas



á sus ládos y que prestan á su palabra grande atención.

4.º Pero la más común de todas estas esce-

— 643 **—**

tor aparece con la oveja sobre los hombros.



que se conserva en el museo de Letrán. La antigüedad no ha producido nada más bello.

En monumentos de África encontramos un tipo diferente. Aquí el Buen Pastor no lleva la oveja sobre sus hombros, pero la estrecha contra su pecho con el brazo izquierdo, mientras que en la mano derecha tiene el vaso pastoril (véase Annuaire archéologique de la province de Constantine, 1856-57, pl. x). Esta manera de llevar la oveja recuerda el siguiente hemistiquio de Tíbulo (Eleg., J., 1, 11, 12):

Non agnamve SINU pigeat fœtumve capellæ



La figura está tomada de un curioso sarcófago descubierto en Collo (Chullu).

5.º Cuando el Buen Pastor, cargado con la oveja, está solo (Bottari, 362), ó simplemente acompañado de su perro (Bottari, xcvII), con ó sin el pedum, se dirige hacia el aprisco después de haber terminado felizmente su viaje. Entonces se percibe en lontananza el tugurium, cerca del cual las ovejas, acostadas, parecen esperar con inquietud la vuelta del pastor (Bottari, xcvIII. - Costadoni. Pesce ap. Calogera, t. XLI, pág. 315).

6.º Pero cuando está dispuesto á conseguir su objeto, el Buen Pastor no está solo: á su alrededor se aprieta el ganado, representado siempre por dos ovejas, al menos, que levantan hacia él sus ojos con inexplicables caricias;

nas pastoriles es aquella en que el Buen Pas- | y la vuelta definitiva está expresada por uno ó dos vasos de leche puestos en el suelo, y sobre los cuales está apoyado el pedum, inútil ya al pastor, que descansa (véase Perret, vol. 111, pl. xxv, y nuestro artículo Mulctra).

También puede encontrarse completa, en los diversos productos de las artes de la antigüedad cristiana, la segunda parábola (Joan x), en la que el Divino Maestro enumera, atribuyéndoselas, las cualidades y las funciones de un buen pastor.

1.º El pastor, de pie, casi vuelto hacia el aprisco, de donde salen unas ovejas, parece llamarlas, y ellas parecen responder á su voz (x, 3, 4). « Las ovejas escuchan su voz, y él llama á sus propias ovejas y las conduce fuera del aprisco» (Bottari, XLII). El tugurium, aquí, como en la mayor parte de las circunstancias en que se reproduce el mismo asunto, tiene la forma de un templo, cuya fachada, adornada con dos columnas, está coronada de un frontón. Y esto tiene su razón mística, como es la de que el tugurium ó redil es la figura de la Iglesia. « La Iglesia es, dicen las Constituciones apostólicas (lib. 11, cap. 57), asimilada, no sólo al navío, sino á la choza.»

2.º El rebaño ha vuelto al sitio donde pasta, y el pastor vela por él con amor: unas veces de pie (Perret. v, pl. LXVIII), apoyado en el báculo, toca la syrinx en medio de las ovejas, que pastan; otras, sentado y en apacible actitud (Bottari, XLVIII), las contempla en silencio: «Yo soy el Buen Pastor, yo conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen» (Joan.. ibídem, 14). Algunas veces, inclinado sobre el pedum, el pastor bendice ó acaricia con la mano á sus ovejas, escalonadas en la pendiente de la montaña (Bott., cxxxI). Encantadoras escenas que Fortunato ha pintado tan bien en sus versos (Opp. pars. 1, lib. 2, cap. 13):

Sollicitus, quemquam ne devoret ira luporum Colligit ad caulas pastor opimus oves. Assiduis monitis ad pascua salsa vocatus, Grex vocem agnoscens, currit amore sequax.

«Temiendo que una de ellas sea victima del furor de los loos, el Buen Pastor reune sus ovejas en el redil.—Llamado por incesantes exhortaciones á los excelentes pastos, el ganado, reconociendo su voz, corre con cariño detrás del Pastor.»

He aqui, según M. De'Rossi (Bull., 69, Juin.), una medalla de devoción donde se halla representada, de una manera tan completa como es posible, una de esas graciosas escenas pastoriles, enteramente con el gusto y el estilo de las mejores esculturas de los sarcófagos del siglo III. El pastor, apoyado en su bastón ó en su cavado, vela con cuidado por su rebaño, escalonado en la pendiente de la montaña; el perro está á los pies del dueño, y se vuelve hacia él como para escuchar sus órdenes.

En ciertos sarcófagos, el Salvador, siempre de pastor, está en medio de sus doce Apóstoles, los cuales tienen cada uno una oveja á sus pies. Pero una circunstancia digna de indicarse,

y que no lo ha sido nunca, que sepamos, es | en los otros dos, y facilitaría un tercer ejemplo. que á la derecha del Divino Pastor hay una



oveja mayor que las otras, y á la cual prodiga sus caricias. Esta oveja es la que corresponde á aquel de los Apósteles en el cual es fácil reconocer el tipo tradicional de San Pedro.

Estas representaciones de los doce Apóstoles agrupados alrededor del Buen Pastor, tenían por objeto (Allegranza. Opusc., pág. 177) facilitar una imagen del celo con que los pastores de las almas debían ejercer su ministerio de paz y de misericordia (véase para más extensos detalles, nuestro Étude archéol. sur l'agneau et le Bon-Pasteur, páginas 56-88). El Buen Pastor se encuentra representado con bastante frecuencia en medio del emblema de las cuatro estaciones (véase Boldetti, pág. 466. -Bottari, t. 1, enfrente del prefacio, y tav. Lv. -Buonarr. Vetri, pág. 1, etc.). Se cree que esto es para indicar su constante solicitud en que pasten sus ovejas en diferentes puntos y de diversas maneras, según la conveniencia de las estaciones (véase el artículo Estaciones).

PASTOPHORIA. — Piensa el cardenal Bona que eran la misma cosa que los secretaria, en las basílicas antiguas. Y, en efecto, el texto de las Constituciones apostólicas (11, 57) parece dar la razón al sabio liturgista: Ex utraque parte pastophoria, εξ εκατερων τῶν μερῶν παστοφόρια. Pero Bingham da á este nombre una significación más extensa, y pretende que los pastophoria comprendían, no solamente el diaconicum y el scerophylacium (véanse estas palabras), sino también las habitaciones de todos los ministros y vigilantes de la iglesia, llamados paramonarii, mansionarii y martirarii (véanse estas palabras).

PASTORES (Adoración de los). - Este asunto se presenta rara vez en los monumentos primitivos, no ofreciendo las diversas Romas subterráneas, según creemos, más que dos ejemplos. Sin embargo, se observa en un fragmento de sarcófago del cementerio de Priscila (Bottari, tav. CLXIII) un asunto que, si se admite la atribución que le da Bottari, sería el preliminar de la escena representada

Es una escena de la vida pastoril, concebida y ejecutada con extremada elegancia. Hay tres pastores, de los cuales el primero tiene una oveja; el segundo, de pie, lleva una oveja sobre los hombros; el tercero, igualmente de pie, apoya el rostro en sus manos, descansando sobre un largo bastón, á cuyo alrededor está trazada una espiral de arriba abajo; mira con expresión de tierna solicitud á cuatro ovejas que pastan en la pendiente de una montaña: todos tres llevan el traje pastoril ordinario. El mismo asunto está representado casi de la misma manera, en una medalla de devoción que reproducimos, según M. De'Rossi, en el artículo Buen Pastor. Se cree ver en este cuadro la representación de los pastores que, durante la noche de la natividad, velaban sus ganados en un lugar que San Jerónimo llama Torre de Ader (Hieron. Epist. xvII), y que fueron los primeros en recibir la buena nueva.

Los dos monumentos que hemos mencionado al principio, y que son también sarcófagos, representan á los mismos pastores en el momento en que tributan sus homenajes al Dios Niño en su pesebre (véase Aringhi, t. 1, pág. 615, y II, 355.—Cf. Bottari, tav. LXXXV y CXCIII). Los pastores son dos únicamente, reconociéndoseles por un bastón encorvado que llevan en la mano. En segundo término aparecen el buey y el asno, cuya presencia en la natividad ha



sido objeto de tantas discusiones eruditas (véase el P. Serry. Exercit., xxx, n. 3.—Cf. Bottari). Sedulio estaba por la afirmación, porque compara el asno de la natividad con el de la entrada de Nuestro Señor en Jerusalén:

> Qui patulo Christum, licet in præsepe jacentem, Agnovit tamen esse Deum

Véase el artículo Buey (El) y el asno.)

El Niño Jesús está envuelto en las mantillas, y por consiguiente, mucho más joven que en el asunto de la adoración de los Magos, que se ve en el primero de nuestros sarcófagos, al lado de la adoración de los pastores, y donde Nuestro Señor, vestido con una túnica, está sentado sobre las rodillas de su madre. Esto se halla conforme con la opinión de San Jerónimo, que pone más de dos años entre estos